



ERIC HOBSBAWM

LA ERA DE  
LA REVOLUCIÓN

1789-1848



LIBROS *de* HISTORIA

**LA ERA DE  
LA REVOLUCIÓN,  
1789-1848**



*Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea*

ERIC HOBSBAWM

LA ERA  
DE LA REVOLUCIÓN,  
1789-1848

CRÍTICA

GRUPO EDITORIAL PLANETA  
BUENOS AIRES

Título original: *The Age of Revolution. Europe 1789-1848*  
Weidenfeld and Nicolson, Londres

Traducción castellana: Félix Jiménez de Sandoval

Rediseño de tapa: Gustavo Macri

Ilustración: Fragmento de *La Libertad guiando al pueblo*, óleo de Eugène Delacroix

909.82 Hobsbawm, Eric  
CDD La era de la revolución: 1789-1848.- 6ª ed. 1ª reimp.-  
Buenos Aires : Crítica, 2009.  
344 p. ; 19x12 cm.- (Biblioteca E. J. Hobsbawm de  
Historia Contemporánea)  
  
Traducido por: Felipe Jiménez de Sandoval  
  
ISBN 978-987-9317-14-3  
  
I. Título 1. Historia Universal

6ª edición, 2007

1ª reimpresión, 2009

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

- © 1962, E. J. Hobsbawm
- © 1997 de la traducción castellana para España y América,  
Gupo Editorial Planeta SAIC / Crítica
- © 2007 Paidós / Crítica  
Defensa 599, Buenos Aires  
e-mail: difusion@areapaidos.com.ar  
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723  
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Bs. As. Print,  
Anatole France 570, Sarandí, en enero de 2009  
Tirada: 3000 ejemplares

ISBN 978-987-9317-14-3

## PREFACIO

*El presente libro estudia la transformación del mundo entre 1789 y 1848, debida a lo que llamamos la «doble revolución»: la Revolución francesa de 1789 y la contemporánea Revolución industrial británica. Por ello no es estrictamente ni una historia de Europa ni del mundo. No obstante, cuando un país cualquiera haya sufrido las repercusiones de la doble revolución de este período, he procurado referirme a él aunque sea ligeramente. En cambio, si el impacto de la revolución fue imperceptible, lo he omitido. Así el lector encontrará páginas sobre Egipto y no sobre el Japón; más sobre Irlanda que sobre Bulgaria; más sobre América Latina que sobre África. Naturalmente, esto no quiere decir que las historias de los países y los pueblos que no figuran en este volumen tengan menos interés o importancia que las de los incluidos. Si su perspectiva es principalmente europea, o, más concretamente, franco-inglesa, es porque en dicho período el mundo —o al menos gran parte de él— se transformó en una base europea o, mejor dicho, franco-inglesa.*

*El objeto de este libro no es una narración detallada, sino una interpretación y lo que los franceses llaman haute vulgarisation. Su lector ideal será el formado teóricamente, el ciudadano inteligente y culto, que no siente una mera curiosidad por el pasado, sino que desea saber cómo y por qué el mundo ha llegado a ser lo que es hoy y hacia dónde va. Por ello, sería pedante e inadecuado recargar el texto con una aparatosa erudición, como si se destinara a un público más especializado. Así pues, mis notas se refieren casi totalmente a las fuentes de las citas y las cifras, y en algún caso a reforzar la autoridad de algunas afirmaciones que pudieran parecer demasiado sorprendentes o polémicas.*

*Pero nos parece oportuno decir algo acerca del material en el que se ha basado una gran parte de este libro. Todos los historiadores son más expertos (o, dicho de otro modo, más ignorantes) en unos campos que en otros. Fuera de una zona generalmente limitada, deben confiar ampliamente en la tarea de otros historiadores. Para el período 1789-1848 sólo esta bibliografía secundaria forma una masa impresa tan vasta, que sobrepasa el conocimiento de cualquier hombre, incluso del que pudiera leer todos los idiomas en que está escrita. (De hecho, todos los historiadores están limitados a manejar tan sólo unas pocas lenguas.) Por eso, no negamos que gran parte*



dad jerárquica se reconstruyó sobre los cimientos de la igualdad oficial. Pero había perdido lo que la hacía tolerable en otros días: la convicción social general de que los hombres tenían obligaciones y derechos, de que la virtud no era sencillamente el equivalente del dinero y de que los miembros del orden inferior, aunque bajo, tenían derecho a vivir sus modestas vidas en la condición social a que Dios los había llamado.

## 11. EL TRABAJADOR POBRE

Cada industrial vive en su fábrica como los plantadores coloniales en medio de sus esclavos, uno contra ciento, y la subversión de Lyon es una especie de insurrección de Santo Domingo ... Los bárbaros que amenazan a la sociedad no están ni en el Cáucaso ni en las estepas de Tartaria; están en los suburbios de nuestras ciudades industriales ... La clase media debe reconocer francamente la naturaleza de la situación; debe saber en dónde está.

SAINT-MARC GIRARDIN en el *Journal des Débats*,  
8 de diciembre de 1831

Pour gouverner il faut avoir  
manteaux ou rubans en sautoir (*bis*).  
Nous en tissons pour vous, grands de la terre,  
et nous, pauvres canuts, sans drap on nous enterre.  
C'est nous les canuts  
nous sommes tout nus (*bis*).

Mais quand notre règne arrive  
quand votre règne finira,  
alors nous tisserons le linceul du vieux monde  
car on entend déjà la revolte qui gronde.  
C'est nous les canuts  
nous n'irons plus tout nus.

Canto de los tejedores de seda de Lyon

### I

Tres posibilidades se abrían al pobre que se encontraba al margen de la sociedad burguesa y sin protección efectiva en las regiones todavía inaccesibles de la sociedad tradicional. Podía esforzarse en hacerse burgués, podía desmoralizarse o podía rebelarse.

Lo primero, como hemos visto, no sólo era técnicamente difícil para quienes carecían de un mínimo de bienes o de instrucción, sino también profundamente desagradable. La introducción de un sistema individualista

puramente utilitario de conducta social, la jungla anárquica de la sociedad burguesa, teóricamente justificada con su divisa «cada hombre para sí y que al último se lo lleve el diablo», parecía a los hombres criados en las sociedades tradicionales poco mejor que la maldad desenfrenada. «En nuestro tiempo —decía uno de los desesperados tejedores a mano de Silesia que se amotinaron inútilmente contra su destino en 1844—<sup>1</sup> los hombres han inventado excelentes artes para debilitar y minar las vidas de los demás. Pero ¡ay!, nadie piensa en el séptimo mandamiento, que prohíbe robar. Ni recuerdan el comentario de Lutero cuando dice: “Amaremos y temeremos al Señor, así que no quitaremos nada a nuestro prójimo, sus bienes o dinero, ni los adquiriremos con falsedad o engaño, sino que, por el contrario, le ayudaremos a conservar y aumentar su vida y su caudal”.» Aquel hombre hablaba en nombre de todos los que se veían arrastrados a un abismo por quienes representaban a las fuerzas del infierno. No pedían mucho. («El rico solía tratar al pobre con caridad, y el pobre vivía sencillamente, pues en aquellos días los órdenes más bajos necesitaban mucho menos que hoy para ropas y otros menesteres.») Pero incluso ese modesto lugar en el orden social parecía que iba ahora a serle arrebatado.

De aquí su resistencia incluso a las más racionales proposiciones de la sociedad burguesa, siempre unidas a la inhumanidad. Los señores del campo introdujeron, y los labradores aceptaron, el «sistema Speenhamland», aunque los argumentos económicos contra él eran terminantes. Como procedimiento de aliviar la pobreza, la caridad cristiana era tan mala como inútil, como podía verse en los Estados Pontificios, en los que abundaba. Pero era popular no sólo entre los ricos tradicionalistas, que la fomentaban como salvaguardia contra el peligro de la igualdad de derechos (propuesta por «esos soñadores que sostienen que la naturaleza ha creado a los hombres con iguales derechos y que las diferencias sociales debían fundarse puramente en la utilidad común»),<sup>2</sup> sino también entre los tradicionalistas pobres, profundamente convencidos de que tenían *derecho* a las migajas de la mesa del rico. En Inglaterra, un abismo dividía a los paladines de las sociedades de socorro mutuo de la clase media, que veían en ellas una forma de ayuda individual, y a los pobres, que las consideraban, a menudo con un concepto primario, como verdaderas *sociedades* con sus banquetes, ceremonias, ritos y festejos, en detrimento de los cálculos de contaduría.

Esta resistencia fue reforzada por la oposición de los mismos burgueses a algunos aspectos de pura e individual libre competencia que no les beneficiaban. Nadie era más devoto del individualismo que el bronco granjero o fabricante norteamericano, y ninguna constitución más opuesta que la suya —o al menos así lo creyeron sus abogados hasta nuestro siglo— a tales inter-

1. El tejedor Hauffe, nacido en 1807, citado en Alexander Schmeer, *Ueber die Noth der Leinen-Arbeiter in Schlesiens...*, Berlín, 1844, p. 16.

2. El teólogo P. D. Michele Augusti, *Della libertà ed eguaglianza degli uomini nell'ordine naturale e civile*, 1790, citado en A. Cherubini, *Dottrine e metodi assistenziali dal 1789 al 1848*, Milán, 1958, p. 17.

ferencias en la libertad como la legislación federal sobre el trabajo de los niños. Pero nadie estaba más firmemente entregado que ellos, como hemos visto, a la protección «artificial» de sus negocios. Uno de los principales beneficios que se esperaban de la iniciativa privada y la libre competencia era el de la nueva maquinaria. Pero no sólo se levantaron para aplastarla los luditas, destructores de máquinas, también los pequeños negociantes y granjeros simpatizaban con ellos porque consideraban a los innovadores como destructores de la vida de los hombres. Los granjeros algunas veces dejaban sus máquinas al alcance de los amotinados para que las destruyeran, por lo que el gobierno se vio obligado a enviar en 1830 una lacónica circular señalando que las máquinas «están protegidas por la ley como cualquier otra clase de propiedades».<sup>3</sup> Las dudas y vacilaciones con las que, fuera de las ciudades de la confianza liberal burguesa, empezaban los nuevos empresarios su histórica tarea de destruir el orden social y moral, fortalecían las convicciones del hombre pobre.

Claro está que había trabajadores que hacían lo posible por unirse a la clase media o al menos por seguir los preceptos de austeridad, de ayudarse y mejorarse a sí mismos. La literatura moral y didáctica de la clase media radical, los movimientos de moderación y los esfuerzos de los protestantes están llenos de esa clase de hombres, cuyo Homero fue Samuel Smiles. En efecto, tales corporaciones atraían y quizá estimulaban a los jóvenes ambiciosos. El Seminario de Templanza de Royton, puesto en marcha en 1843 (limitado a muchachos —en su mayor parte obreros del algodón— que se comprometían a la abstinencia, renunciaban al juego y vivían con una estricta moralidad) había producido a los veinte años cinco maestros tejedores de algodón, un clérigo, dos gerentes de fábricas de algodón en Rusia «y otros muchos alcanzaron posiciones respetables como gerentes, inspectores, mecánicos, maestros de escuela o tenderos».<sup>4</sup> Desde luego tal fenómeno era menos común fuera del mundo anglosajón, en donde el camino de la clase trabajadora (excepto la emigración) era mucho más estrecho —ni siquiera en Inglaterra, se podía decir que era ancho— y la influencia intelectual y moral de la clase media radical sobre el buen trabajador era menor.

Claro que, por otra parte, había muchos más que, enfrentados con una catástrofe social que no entendían, empobrecidos, explotados, hacinados en suburbios en donde se mezclaban el frío y la inmundicia, o en los extensos complejos de los pueblos industriales en pequeña escala, se hundían en la desmoralización. Privados de las tradicionales instituciones y guías de conducta, muchos caían en el abismo de la existencia precaria. Las familias empeñaban las mantas cada semana hasta el día de paga.<sup>5</sup> El alcohol era «la salida más rápida de Manchester» (o Lille o Borinage). El alcoholismo en

3. E. J. Hobsbawm, «The Machine Breakers», *Past and Present*, I (1952).

4. «About Some Lancashire Lads», en *The Leisure Hour*, 1881. Debo esta referencia a Mr. A. Jenkin.

5. En 1855, el 60 por 100 de los empeños con los prestamistas de Liverpool fueron de 5 chelines o menos, y el 27 por 100 de 2,5 chelines o menos.

masa —compañero casi invariable de una industrialización y urbanización bruscas e incontroladas— expandía «una pestilencia de fuertes licores»<sup>6</sup> por toda Europa. Quizá los numerosos contemporáneos que deploraban el aumento de la embriaguez, como de la prostitución y otras formas de promiscuidad sexual, exageraban. Sin embargo, la súbita aparición, hacia 1840, de sistemáticas campañas de agitación en favor de la templanza, entre las clases media y trabajadora de Inglaterra, Irlanda y Alemania, demuestra que la preocupación por la desmoralización no era académica ni estaba limitada a una sola clase. Su éxito inmediato fue efímero, pero durante el resto del siglo la hostilidad a los licores fuertes fue algo que los movimientos de los patronos y obreros ilustrados tuvieron en común.<sup>7</sup>

Pero, desde luego, los contemporáneos que deploraban la desmoralización de los nuevos pobres urbanos e industrializados no exageraban. Todo coincidía para agrandarla. Las ciudades y zonas industriales crecían rápidamente, sin plan ni supervisión, y los más elementales servicios de la vida de la ciudad no conseguían ponerse a su paso. Faltaban casi por completo los de limpieza en la vía pública, abastecimiento de agua, sanidad y viviendas para la clase trabajadora.<sup>8</sup> La consecuencia más patente de este abandono urbano fue la reaparición de grandes epidemias de enfermedades contagiosas (motivadas por el agua), como el cólera, que reconquistó a Europa desde 1831 y barrió el continente de Marsella a San Petersburgo en 1832 y otra vez más tarde. Para poner un ejemplo diremos que al tifus en Glasgow «no se le dio consideración de epidemia grave hasta 1818».<sup>9</sup> Luego aumentó. En la ciudad hubo dos grandes epidemias (tifus y cólera) en la década 1830-1840, tres (tifus, cólera y paludismo) en la siguiente, dos en la década de 1850, hasta que las mejoras urbanas acabaron con una generación de descuido. Los terribles efectos de ese descuido fueron tremendos, pero las clases media y alta no los sintieron. El desarrollo urbano en nuestro período fue un gigantesco proceso de segregación de clases, que empujaba a los nuevos trabajadores pobres a grandes concentraciones de miseria alejadas de los centros del gobierno y los negocios, y de las nuevas zonas residenciales de la burguesía. La casi universal división de las grandes ciudades europeas en un «hermoso» oeste y un «miserio» este, se desarrolló en este período.<sup>10</sup> Y ¿qué institucio-

6. «Die Schnapspest im ersten Drittel des Jahrhunderts», *Handwoerterbuch d. Staatswissenschaften*, 2.<sup>a</sup> ed., artículo «Trunksucht».

7. La hostilidad a la cerveza, el vino y otras bebidas que forman parte de la dieta habitual del hombre, estaba limitada a los sectarios protestantes anglosajones.

8. L. Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses, passim*.

9. J. B. Russell, *Public Health Administration in Glasgow*, 1903, p. 3.

10. «Las circunstancias que obligan a los trabajadores a trasladarse del centro de París han tenido, como se señala, deplorables efectos sobre su conducta y moralidad. Antiguamente solían vivir en los pisos altos de edificios cuyos pisos bajos estaban ocupados por comerciantes y otros miembros de clases relativamente acomodadas. Una especie de solidaridad se establecía entre los inquilinos de un mismo edificio. Los vecinos se ayudaban unos a otros en pequeñas cosas. Cuando eran víctimas de enfermedades o paro los obreros solían encontrar socorros dentro de la misma casa y, en reciprocidad, una especie de sentimiento de humano respeto imbuía a la clase

nes sociales salvo la taberna y si acaso la capilla se crearon en aquellas nuevas aglomeraciones obreras, salvo las de iniciativa de los mismos trabajadores? Sólo a partir de 1848, cuando las nuevas epidemias desbordando los suburbios empezaron a matar también a los ricos, y las desesperadas masas que vivían en ellos asustaron a los poderosos, se emprendió una sistemática reconstrucción y mejora urbana.

La bebida no era la única muestra de desmoralización. El infanticidio, la prostitución, el suicidio y el desequilibrio mental han sido relacionados con aquel cataclismo económico y social, gracias sobre todo a los trabajos de algunos médicos contemporáneos a los que hoy podemos llamar precursores de la medicina social.<sup>11</sup> Tanto el aumento de criminalidad como el de violencias, a menudo sin finalidad determinada, eran una especie de ciega afirmación personal contra las fuerzas que amenazaban con destruir a la humanidad. La floración de sectas y cultos apocalípticos, místicos y supersticiosos en este período (véase cap. 12) indica una incapacidad parecida para contener los terremotos sociales que estaban destrozando las vidas de los hombres. Las epidemias de cólera, por ejemplo, provocaron resurgimientos religiosos lo mismo en la católica Marsella que en el protestante País de Gales.

Todas estas formas de desviación de la conducta social tenían algo de común entre ellas, e incidentalmente con la ayuda a «uno mismo». Eran tentativas para escapar del destino de ser un pobre hombre trabajador, o al menos para aceptar u olvidar la pobreza y la humillación. El creyente en la segunda venida, el borracho, el ladronzuelo, el lunático, el vagabundo o el pequeño negociante ambicioso, desviaban sus ojos de la condición colectiva y (con la excepción del último) eran apáticos respecto a la posibilidad de una acción colectiva. Esta apatía de la masa representó un papel mucho más importante de lo que suele suponerse en la historia de nuestro período. No es casualidad que los menos hábiles, los menos instruidos, los menos organizados y, por tanto, los menos esperanzados de los pobres, fueran entonces y más tarde los más apáticos: en las elecciones de 1848, en la ciudad prusiana de Halle, el 81 por 100 de los artesanos independientes y el 71 por 100 de los albañiles, carpinteros y otros obreros de la construcción votaron; en cambio, sólo lo hizo un 46 por 100 de los trabajadores de las factorías y los ferrocarriles, los labradores, los trabajadores domésticos, etc.<sup>12</sup>

trabajadora costumbres de cierta regularidad.» La cita pertenece a un informe de la Cámara de Comercio y la Prefectura de Policía. Pero la segregación puso fin a aquella situación (Chevalier, *op. cit.*, pp. 233-234).

11. La larga lista de doctores a quienes debemos mucho de nuestro conocimiento de la época —y de su subsiguiente mejoría— contrasta vivamente con la general indiferencia y crueldad de la opinión burguesa. Villermé y los colaboradores de los *Annales d'Hygiène Publique*, fundados por él en 1829, Kay, Thackrah, Simon, Gaskell y Farr, en Inglaterra, y varios en Alemania merecen ser más recordados de lo que normalmente son.

12. E. Neuss, *Entstehung v. Entwicklung d. Klasse d. besitzlosen Lohnarbeiter in Halle*, Berlín, 1958, p. 283.

## II

La alternativa de la evasión o la derrota era la rebelión. La situación de los trabajadores pobres, y especialmente del proletariado industrial que formaba su núcleo, era tal que la rebelión no sólo fue posible, sino casi obligada. Nada más inevitable en la primera mitad del siglo XIX que la aparición de los movimientos obrero y socialista, así como el desasosiego revolucionario de las masas. La revolución de 1848 sería su consecuencia directa.

Ningún observador razonable negaba que la condición de los trabajadores pobres, entre 1815 y 1848, era espantosa. Y en 1840, esos observadores eran muchos y advertían que tal situación empeoraba cada vez más. En Inglaterra, las teorías malthusianas que sostenían que el crecimiento de la población superaría inevitablemente al de los medios de subsistencia, se basaban en ese juicio y se veían reforzadas por los argumentos de los economistas ricardianos. Los que tenían una visión más optimista de las perspectivas de la clase trabajadora eran menos numerosos y menos capaces que los pesimistas. En Alemania, durante la década 1830-1840, la creciente depauperación del pueblo fue el tema específico de catorce publicaciones diferentes, y la cuestión de si «las quejas contra esa creciente depauperación y merma de alimentos» eran justificadas, sirvió de base para un concurso de ensayos académicos. (Diez de los dieciséis competidores dijeron que sí y sólo dos que no.)<sup>13</sup> El predominio de tales opiniones evidencia la miseria universal y en apariencia desesperada de los pobres.

Sin duda, la verdadera pobreza era peor en el campo, y especialmente entre los jornaleros, los trabajadores domésticos rurales y los campesinos que vivían en las tierras pobres y estériles. Una mala cosecha —como las de 1789, 1795, 1817, 1832 y 1847— provocaba verdaderas hambres, aun sin la intervención de catástrofes adicionales, como la competencia de las manufacturas algodoneras inglesas, que destruyó hasta sus cimientos la industria de lino en Silesia. Después de la ruinoso cosecha de 1813 en Lombardía, muchas gentes se sustentaban tan sólo con hierbas y forrajes, con pan hecho de hojas de habas y bayas silvestres.<sup>14</sup> Un mal año, como el de 1817, pudo producir, incluso, en la próspera y tranquila Suiza, un exceso de defunciones sobre los nacimientos.<sup>15</sup> El hambre europea de 1846-1848 palidece junto al cataclismo del hambre irlandesa (véanse pp. 169-170), pero no por eso fue menos real. En Prusia oriental y occidental (1847) un tercio de la población

13. J. Kuczynski, *Geschichte der Lage der Arbeiter*, Berlín, 1960, vol. 9, pp. 264 ss.; vol. 8, 1960, pp. 109 ss.

14. R. J. Rath, «The Habsburgs and the Great Depression in Lombardo-Venetia 1814-1818», *Journal of Modern History*, XIII, p. 311.

15. M. C. Muehleman, «Les prix des vivres et le mouvement de la population dans le canton de Berne 1782-1881», *IV Congrès International d'Hygiène*, 1883.

había dejado de comer pan, y se alimentaba sólo de patatas.<sup>16</sup> En las austeras y paupérrimas aldeas de las montañas del centro de Alemania, en donde hombres y mujeres se sentaban en troncos, carecían casi de ropas de cama y bebían en cuencos de barro por falta de cristal, la población estaba tan acosada por una dieta de patatas y recuelo, que durante las épocas de hambre, los componentes de los servicios de socorro tenían que enseñarles a comer los garbanzos y las gachas que les suministraban.<sup>17</sup> El hambre y el tifus arrasaban los campos de Flandes y de Silesia, en donde los tejedores de lino libraban su desesperada batalla contra la industria moderna.

Pero, de hecho, la miseria —la creciente miseria como pensaban muchos— que llamaba más la atención, aparte de catástrofes totales como la de Irlanda, era la de las ciudades y zonas industriales en donde los pobres se extenuaban menos pasivamente y menos inadvertidamente. Todavía es cuestión que se debate si sus ingresos eran menores; pero, como hemos visto, no cabe duda de que la situación general de los pobres en las ciudades era pavorosa. Las diferencias entre una región y otra, entre los diversos tipos de trabajadores y los distintos períodos económicos, así como las deficiencias de las estadísticas, hacen difícil responder decididamente a tales preguntas, aunque cualquier significativa mejora general puede ser excluida antes de 1848 (o quizá de 1844 en Inglaterra), y podemos asegurar que la brecha entre ricos y pobres era cada vez más ancha y más visible. La época en que la baronesa de Rothschild llevaba joyas por valor de millón y medio de francos al baile de máscaras del duque de Orleans (1842) era la misma en que John Bright describía a las mujeres de Rochdale: «Dos mil mujeres y muchachas pasaban por las calles cantando himnos; era un espectáculo singular e impresionante, casi sublime. Terriblemente hambrientas, devoraban una hogaza con avidez indescribible. Si el pan hubiera estado cubierto de fango, lo habrían devorado igual».<sup>18</sup>

Es probable que hubiera un deterioro general en grandes zonas de Europa, pues no sólo faltaban, como hemos visto, instituciones urbanas y servicios sociales correspondientes a la súbita e inesperada expansión, sino que además el dinero y los jornales tendían a bajar desde 1815, y también la producción y el transporte de los alimentos disminuyeron en muchas grandes ciudades hasta la época del ferrocarril.<sup>19</sup> Los malthusianos fundaban su pesimismo en esos empeoramientos. Pero, aparte de ellos, el mero cambio de la

16. F. J. Neumann, «Zur Lehre von d. Lohngesetzen», *Jb. f. Nat. Oek.*, 3.<sup>a</sup> serie, IV (1892), pp. 374 ss.

17. R. Scheer, *Entwicklung d. Annaberger Posamentier-industrie im 19. Jahrhundert*, Leipzig, 1909, pp. 27-28 y 33.

18. N. McCord, *The Anti-Corn Law League*, 1958, p. 127.

19. «Por el contrario, es seguro que la situación alimenticia en París se agravó poco a poco con el siglo XIX, sin duda hasta la proximidad de los años 50 o 60.» R. Philippe, en *Annales*, 16, 3 (1961), p. 567. Para cálculos análogos sobre Londres, cf. E. J. Hobsbawm, «The British Standard of Living», *Economic History Review*, X, I (1957). El total de carne consumida por cabeza en Francia parece que permaneció inalterado entre 1812 y 1840. (*Congrès International d'Hygiène, Paris, 1878, 1880*, vol. I, p. 432.)



tradicional dieta alimenticia del hombre preindustrial por la más austera del industrial y urbanizado iba a llevarle a la desnutrición, lo mismo que las condiciones de vida y el trabajo urbanos iban a debilitar su salud. La extraordinaria diferencia de salud y aptitudes físicas entre la población agrícola y la industrial (y desde luego entre las clases alta, media y trabajadora), que llamó la atención de los estadísticos franceses e ingleses, se debía claramente a esto. Las probabilidades de vivir de los niños nacidos en la década de 1840 eran dobles en los trabajadores rurales de Wiltshire y Rutland (no muy ahitos por cierto) que en los de Manchester o Liverpool. Pero entonces —por poner sólo un ejemplo— «hasta que el vapor se introdujo en el trabajo hacia finales del último siglo, las enfermedades producidas por el polvo del metal apenas se conocían en los talleres metalúrgicos de Sheffield». Ya en 1842, el 50 por 100 de los pulidores de metales de treinta años, el 79 por 100 de los de cuarenta y el 100 por 100 de los de más de cincuenta estaban enfermos de los pulmones.<sup>20</sup>

Además, el cambio en la economía trasladó y desplazó a grandes núcleos de labradores, a veces en beneficio suyo, pero casi siempre en su perjuicio. Grandes masas de población permanecían totalmente al margen de las nuevas industrias o ciudades, como un sustrato permanente de pobreza y desesperación, y también grandes masas se veían periódicamente afectadas por el paro en crisis no siempre pasajeras. Dos terceras partes de los obreros textiles de Bolton (1842) y de Roubaix (1847) serían despedidos definitivamente a consecuencia de quiebras.<sup>21</sup> El 20 por 100 de los de Nottingham y una tercera parte de los de Paisley serían despedidos también.<sup>22</sup> Un movimiento como el cartismo en Inglaterra se desplomaría, una y otra vez, por su debilidad política. Una y otra vez el hambre —la intolerable carga que pesaba sobre millones de pobres trabajadores— lo haría revivir.

Aparte de estas tormentas generales, algunas catástrofes especiales estallaban sobre las cabezas de los diferentes géneros de trabajadores humildes. Como ya hemos visto, la fase inicial de la Revolución industrial no impulsó a todos los trabajadores hacia las factorías mecanizadas. Por el contrario, en torno a los pocos sectores mecanizados y de producción en gran escala, se multiplicaba el número de artesanos preindustriales, de cierta clase de trabajadores expertos y del ejército de trabajadores domésticos, mejorando a menudo su condición, especialmente durante los largos años de escasez de mano de obra por las guerras. En la década 1820-1830 el avance poderoso e impersonal de la máquina y del mercado empezó a darlos de lado. En el mejor de los casos, los hombres independientes se convertían en dependientes, las personas en «manos». En el peor de los casos, se producían aquellas

20. S. Pollard, *A History of Labour in Sheffield*, 1960, pp. 62-63.

21. H. Ashworth, en *Journal Stat. Soc.*, V (1842), p. 74; E. Labrousse, ed., *Aspects de la crise... 1840-1851*, 1956, p. 107.

22. *Statistical Committee Appointed by the Anti-Corn Law Conference... March 1842*, s. f., p. 45.

multitudes de degradados, empobrecidos y hambrientos —tejedores manuales, calceteros, etc.— cuya miseria helaba la sangre incluso de los más inflexibles economistas. No eran gente ignorante e inexperta. Algunas comunidades como las de tejedores de Norwich y de Dunfermline, rotas y dispersas en 1830-1840, las de los mueblistas londinenses cuyas antiguas «tarifas de precios» se convirtieron en papeles mojados cuando cayeron en la charca de los talleres baratos, los jornaleros continentales convertidos en proletarios vagabundos, los artesanos que perdieron su independencia, etc., habían sido siempre los más hábiles, los más educados, los más dignos de confianza, es decir, la flor de la clase trabajadora.<sup>23</sup> No sabían lo que les ocurría y era lógico que trataran de saberlo, y más lógico todavía que protestaran.<sup>24</sup>

Materialmente, es probable que el nuevo proletariado fabril estuviera algo mejor. Claro que no era libre; estaba bajo el estricto control y la disciplina más estricta todavía impuesta por el patrono o sus representantes, contra los que no tenían recurso legal alguno y sólo unos rudimentos de protección pública. Tenían que trabajar las horas y en las condiciones que les impusieran; aceptar los castigos y multas con que los sancionaban, a la vez que los patronos aumentaban sus beneficios. En industrias o zonas aisladas tenían que comprar en las tiendas del dueño; en otras recibían los jornales en especie (lo que permitía al patrono poco escrupuloso aumentar más sus ganancias) o vivían en las casas que el patrono les proporcionaba. Sin duda, el chico de pueblo podía encontrar semejante vida no más dependiente ni menos miserable que la que vivía con sus padres; y en las industrias continentales con una fuerte tradición paternalista, el despotismo del amo estaba contrapesado al menos por los servicios de seguridad, educación y bienestar que a veces proporcionaba a sus obreros. Pero, para el hombre libre, entrar en la factoría como simple «mano» era entrar en algo poco mejor que la esclavitud, y todos —menos los más hambrientos— trataban de evitarlo y, si no tenían más remedio, de resistir a la férrea disciplina con mucha más energía que las mujeres y los niños, a quienes los patronos preferían por eso. En la década 1830-1840 y en parte de la siguiente, puede afirmarse que incluso la situación material del proletariado industrial tendió a empeorar.

Cualquiera que fuese la situación del trabajador pobre, es indudable que todo el que pensara un poco en su situación —es decir, que no aceptara las tribulaciones del pobre como parte de un destino inexorable y del eterno

23. De 195 tejedores adultos de Gloucestershire, sólo 15 no sabían leer y escribir en 1840. En cambio, de los amotinados en las zonas fabriles de Lancashire, Cheshire y Staffordshire, en 1842, sólo un 13 por 100 sabía leer y escribir bien, y un 32 por 100, imperfectamente (R. K. Webb, en *English Historical Review*, LXV (1950), pp. 333 ss.).

24. «Casi un tercio de nuestra población trabajadora ... consiste en tejedores y labradores, cuyos ingresos medios no llegan a una cantidad suficiente para sostener y alimentar a sus familias sin la asistencia parroquial. Esta parte de la comunidad, casi siempre decente y respetable, es la que sufre más por la baja de los salarios y la dureza de los tiempos. Es a esta clase de pobres criaturas a las que deseo particularmente recomendar el sistema cooperativo» (F. Baker, *First Lecture on Co-operation*, Bolton, 1830).

designio de las cosas— tenía que advertir que el trabajador era explotado y empobrecido por el rico, que se hacía más rico mientras el pobre se hacía más pobre. Y que el pobre sufría *porque* el rico se beneficiaba. El mecanismo social de la sociedad burguesa era profundamente cruel, injusto e inhumano. «No puede haber riqueza sin trabajo —escribía el *Lancashire Co-operator*—. El trabajador es la fuente de toda la riqueza. ¿Quién ha producido todo el alimento? El mal alimentado y depauperado labrador. ¿Quién construyó todas las casas, almacenes y palacios poseídos por los ricos, que nunca trabajaron o produjeron algo? Los obreros. ¿Quién teje todas las hilazas y hace todas las telas? Los tejedores.» Sin embargo, «el trabajador vive en la indigencia mientras los que no trabajan son ricos y poseen de todo hasta hartarse».<sup>25</sup> Y el desesperado trabajador rural (cuyos ecos han llegado hasta los cantos espirituales de los negros de hoy) expresaba esto con menos claridad, pero quizá más profundamente:

Si la vida fuera algo que pudiera comprarse con dinero,  
el rico viviría y el pobre moriría.<sup>26</sup>

### III

El movimiento obrero proporcionó una respuesta al grito del hombre pobre. No debe confundirse con la mera revulsión colectiva contra la intolerable injusticia que se produjo en otros momentos de la historia, ni siquiera con la práctica de la huelga y otras formas de beligerancia características del trabajo desde entonces. Todo ello tiene también una historia que se remonta más allá de la Revolución industrial. Lo verdaderamente nuevo en el movimiento obrero de principios del siglo XIX era la conciencia de clase y la ambición de clase. No era el «pobre» el que se enfrentaba al «rico». Una *clase* específica, la clase trabajadora, obreros o proletariado, se enfrentaba a otra, patronos o capitalistas. La Revolución francesa dio confianza a esta nueva clase; la Revolución industrial imprimió en ella la necesidad de una movilización permanente. Una vida decorosa no podía conseguirse solamente con la protesta ocasional que serviría para restaurar la estable balanza de la sociedad perturbada temporalmente. Se requería la vigilancia continua, la organización y actividad del «movimiento»: sindicatos, sociedades mutuas y cooperativas, instituciones laborales, periódicos, agitación. La novedad y rapidez del cambio social que los absorbía, incitó a los trabajadores a pensar en los términos de una sociedad completamente distinta, basada en sus experiencias e ideas opuestas a las de sus opresores. Sería cooperativa y no com-

25. Citado en A. E. Musson, «The Ideology of Early Co-operation in Lancashire and Cheshire», *Transactions of the Lancashire and Cheshire Antiquarian Society*, LXVIII (1958), p. 120.

26. A. Williams, en *Folksongs of the Upper Thames*, 1923, p. 105, da una versión quizá con más conciencia de clase.

petidora, colectivista y no individualista. Sería «socialista». Y representaría no el eterno sueño de la sociedad libre, que los pobres siempre llevan en lo recóndito de su mente pero en lo que sólo piensan en las raras ocasiones de una revolución social general, sino una alternativa permanente y practicable al presente sistema.

En este sentido, la conciencia de la clase trabajadora no existía en 1789, ni siquiera durante la Revolución francesa. Fuera de Inglaterra y Francia tampoco existía apenas en 1848. Pero en los dos países que incorporaron la doble revolución existía desde luego entre 1815 y 1848, y de manera especial hacia 1830. El término «clase trabajadora» (distinto del menos específico «las clases trabajadoras») aparece en los escritos laboristas ingleses poco después de Waterloo y quizá un poco antes, mientras que en los franceses la frase equivalente sólo se hace frecuente después de 1830.<sup>27</sup> En Inglaterra, los intentos de reunir a todos los trabajadores en sociedades generales de obreros, es decir, en entidades que superaran el aislamiento local de los grupos particulares de obreros llevándoles a una solidaridad nacional y hasta quizá universal de la clase trabajadora, empezó en 1818 y prosiguió con febril intensidad entre 1829 y 1834. El complemento de la «unión general» era la huelga general, que también fue formulada como un concepto y una táctica sistemática de la clase trabajadora de aquel período, sobre todo en la obra *Grand National Holiday, and Congress of the Productive Classes* (1832) de William Benbow, y seriamente discutida como método político por los carlistas. Entretanto, la discusión intelectual en Inglaterra y Francia dio lugar al concepto y a la palabra «socialismo» en los años 1820. Uno y otra fueron adoptados inmediatamente por los trabajadores, en pequeña escala en Francia (como por los gremios de París en 1832) y en mucha mayor escala por los ingleses, que pronto llevaron a Robert Owen a la jefatura de un vasto movimiento de masas, para el que estaba singularmente mal dotado. En resumen, en los primeros años de la década de 1830-1840 ya existían la conciencia de clase proletaria y las aspiraciones sociales. Casi seguramente era más débil y mucho menos efectiva que la conciencia de la clase media que los patronos adquirieron y pusieron de manifiesto por aquellos años. Pero hacía acto de presencia en el mundo.

La conciencia proletaria estaba combinada con y reforzada por la que muy bien puede llamarse conciencia jacobina, o sea, la serie de aspiraciones, experiencias, métodos y actitudes morales que la Revolución francesa (y antes la norteamericana) infundió en los confiados pobres. Lo mismo que la expresión práctica de la situación de la nueva clase trabajadora era el «movimiento obrero», y su ideología, «la agrupación cooperativa», la del pueblo llano, proletario o no, que la Revolución francesa hizo subir al escenario de

27. A. Briggs, «The Language of "Class" in Early Nineteenth Century England», en A. Briggs y J. Saville, eds., *Essays in Labour History*, 1960; E. Labrousse, *Le mouvement ouvrier et les idées sociales*, III, «Cours de la Sorbonne», pp. 168-169; E. Coornaert, «La pensée ouvrière et la conscience de classe en France 1830-1848», en *Studi in onore di Gino Luzzato*, III, Milán, 1950, p. 28; G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*, 1953, p. 161.

la historia como actores más que como simples víctimas, era el movimiento democrático. «Los ciudadanos de pobre apariencia externa y que en otros tiempos no se habían atrevido a presentarse en los sitios reservados a las personas elegantes, paseaban ahora por donde lo hacían los ricos, llevando la cabeza muy alta.»<sup>28</sup> Deseaban respeto, reconocimiento e igualdad. Sabían que podían conseguirlo, pues en 1793-1794 se había hecho. No todos estos ciudadanos eran obreros, pero todos los obreros conscientes pertenecían a sus filas.

Las conciencias proletaria y jacobina se completaban. La experiencia de la clase trabajadora daba al trabajador pobre las mayores instituciones para su defensa de cada día: la «unión general» y la sociedad de ayuda mutua, y las mejores armas para la lucha colectiva: la solidaridad y la huelga (que a su vez implicaba organización y disciplina).<sup>29</sup> Sin embargo, incluso en donde no eran tan débiles, inestables y localizadas como solían serlo en el continente, su alcance era bastante limitado. La tentativa de utilizar un modelo puramente unionista o mutualista no sólo para ganar salarios más altos, sino también para derrocar a la sociedad existente y establecer una nueva, se hizo en Inglaterra entre 1829 y 1834, y otra vez, en parte, bajo el cartismo. Fracasó y su fracaso ahogó durante medio siglo a un movimiento proletario y socialista precoz pero notablemente maduro. Los intentos de convertir las sociedades de obreros en uniones nacionales de productores en cooperativa (como la Unión de Obreros de la construcción, con su parlamento de maestros de obras y su gremio de albañiles, 1831-1834) fracasaron igualmente, como también los de crear una cooperativa nacional de producción y una «bolsa de trabajo». Las vastas «uniones generales», lejos de mostrarse más fuertes que las sociedades locales y parciales, se mostraron más débiles y menos manejables, lo cual se debía menos a las dificultades inherentes a la unión que a la falta de disciplina, organización y experiencia de sus jefes. La huelga general resultó inaplicable bajo el cartismo, excepto (en 1842) en alguna ocasión de tumultos espontáneos engendrados por el hambre.

Por el contrario, los métodos de agitación política propios del jacobinismo y del radicalismo en general, pero no específicamente de la clase trabajadora, mostraban su flexibilidad y su eficacia: campañas políticas por medio de periódicos y folletos, mítines y manifestaciones, motines e insurrecciones si eran necesarios. Es cierto que también dichas campañas fracasaron muchas veces por apuntar demasiado alto o asustar demasiado a las clases dirigentes. En la histórica década de 1810-1820, la tendencia era recurrir a las fuerzas armadas para hacer frente a cualquier manifestación importante (como la de Spa Fields, Londres, en 1816, o la de «Peterloo», Manchester, en 1819, en la que resultaron diez manifestantes muertos y varios centenares heridos). En

28. A. Soboul, *Les sans-culottes de Paris en l'an II*, 1958, p. 660.

29. La huelga es una consecuencia tan espontánea y lógica de la existencia de la clase trabajadora que la mayor parte de los idiomas europeos tienen palabras propias casi independientes para designarla (*grève, strike, sciopero, zabastovka*), mientras las que designan otras instituciones son a menudo prestadas.

1838-1848, los millones de firmas que suscribían las peticiones no acercaron mucho más la Carta del Pueblo. Sin embargo, la campaña política en un frente más limitado era efectiva. Sin ella no habría habido emancipación católica en 1829, ni Acta de Reforma en 1832, ni seguramente siquiera el modesto pero efectivo control legislativo sobre las condiciones de las fábricas y el horario de trabajo. Así, una vez y otra encontramos a una clase trabajadora de organización débil que compensaba esa debilidad con los métodos de agitación del radicalismo político. La «agitación en las fábricas», de 1830-1840 en el norte de Inglaterra, compensó la debilidad de las uniones locales, lo mismo que la campaña de protestas en masa contra el exilio de los «mártires de Tolpuddle» (véanse pp. 125 ss.) trató de salvar algo del naufragio de las «uniones generales» después de 1834.

A su vez, la tradición jacobina sacó fuerzas y una continuidad y solidez sin precedentes de la cohesiva solidaridad y lealtad características del nuevo proletariado. Los proletarios no se mantenían unidos por el mero hecho de ser pobres en el mismo lugar, sino por el hecho de que trabajar juntos en gran número, colaborar en la tarea y apoyarse los unos en los otros era toda su vida. La solidaridad inquebrantable era su única arma, pues sólo con ella podían demostrar su modesto pero decisivo haber colectivo. No ser «rompehuelgas» (u otras palabras por el estilo) era —y sigue siendo— el primer mandamiento de su código moral; el que quebrantaba la solidaridad —el esquírol, el «amarillo»— era el Judas de la comunidad. Una vez que adquirieron un leve aleteo de conciencia política, sus manifestaciones dejaron de ser simples erupciones ocasionales de un populacho exasperado que se extinguían rápidamente, para convertirse en el rebullir de un ejército. Así, en una ciudad como Sheffield, una vez que la lucha de clases entre la clase media y la trabajadora hubo hecho su aparición en la política local hacia 1840, no tardó en formarse un bloque proletario fuerte y estable. A finales de 1847 había ocho cartistas en el ayuntamiento, y el colapso nacional del cartismo en 1848 apenas lo afectó en una ciudad en donde diez o doce mil personas aclamaron la revolución de París de aquel año. En 1849 los cartistas ocupaban casi la mitad de los escaños del ayuntamiento.<sup>30</sup>

Bajo la clase trabajadora y la tradición jacobina yace el sustrato de una tradición más antigua que refuerza a una y otra: la del motín o protesta pública ocasional de gentes desesperadas. La acción directa de los amotinados —la destrucción de las máquinas, las tiendas o las casas de los ricos— tenía una larga historia. En general, expresaba el hambre o los sentimientos de los hombres irritados por las circunstancias, como en las oleadas de destructores de máquinas que periódicamente arrasaban las declinantes industrias manuales amenazadas por la máquina (las textiles inglesas en 1810-1811 y más tarde en 1826, las textiles continentales entre 1830 y 1850). Algunas veces, como en Inglaterra, era una forma reconocida de presión colectiva de obreros organizados, sin implicar hostilidad a las máquinas, como entre los mineros, los

30. S. Pollard, *op. cit.*, pp. 48-49.

cuchilleros y algunos obreros textiles, que conciliaban una moderación política con un sistemático terrorismo contra sus compañeros no unionistas. Otras veces expresaban el descontento de los obreros sin trabajo o agotados físicamente. En una época revolucionaria, esa acción directa, encomendada a hombres y mujeres políticamente inmaduros, podía convertirse en una fuerza decisiva, sobre todo si se producía en las grandes ciudades o en otros lugares de importancia política. En 1830 y en 1848 tales movimientos pesaron de manera extraordinaria en los sucesos políticos al convertirse de expresiones de descontento en franca insurrección.

#### IV

Por todo ello, el movimiento obrero de aquel período no fue ni por su composición ni por su ideología y su programa un movimiento estrictamente «proletario», es decir, de trabajadores industriales o jornaleros. Fue, más bien, un frente común de todas las fuerzas y tendencias que representaban a los trabajadores pobres, principalmente a los urbanos. Semejante frente común existía hacía tiempo, pero desde la Revolución francesa la clase media liberal y radical le proporcionaba inspiración y jefes. Ya hemos visto cómo el jacobinismo y no el sans-culottismo (y mucho menos las aspiraciones de los proletarios) fue lo que dio unidad a la tradición popular parisina. La novedad de la situación después de 1815 estribaba en que el frente común se dirigía cada vez más contra la clase media liberal y contra los reyes y los aristócratas, y en que lo que le daba unidad era el programa y la ideología del proletariado, aunque todavía la clase trabajadora industrial apenas existía y estaba mucho menos madura políticamente que otros grupos de trabajadores pobres. Tanto el rico como el pobre trataban de asimilarse a la gran «masa urbana existente bajo el orden medio de la sociedad»,<sup>31</sup> o sea, el «proletariado» o «clase trabajadora». Todo el que se sentía confuso por «el creciente sentimiento general de que en el actual estado de cosas hay una falta de armonía interna que no puede continuar»<sup>32</sup> se inclinaba al socialismo como la única crítica intelectualmente válida y alternativa.

La jefatura del nuevo movimiento reflejaba un estado de cosas parecido. Los trabajadores pobres más activos, militantes y políticamente conscientes, no eran los nuevos proletarios de las factorías, sino los maestros artesanos, los artesanos independientes, los trabajadores a domicilio en pequeña escala y algunos otros que trabajaban y vivían como antes de la Revolución industrial, pero bajo una presión mucho mayor. Los primeros sindicatos (*trade unions*) los formaron casi invariablemente impresores, sombrereros, sastres, etc. El

31. T. Mundt, *Der dritte Stand in Deutschland und Preussen*, Berlín, 1847, p. 4, citado por J. Kuczynski, *Gesch. d. Lage d. Arbeiter*, 9, p. 169.

32. Karl Biedermann, *Vorlesungen ueber Socialismus und sociale Fragen*, Leipzig, 1847, citado por J. Kuczynski, *op. cit.*, p. 71.

núcleo de los líderes del cartismo, en una ciudad como Leeds, lo formaron un ebanista convertido en tejedor a mano, un par de oficiales de imprenta, un librero y un cardador. Los hombres que adoptaron las doctrinas cooperativistas de Owen eran, en su mayor parte, artesanos, mecánicos y trabajadores manuales. Los primeros trabajadores comunistas alemanes fueron buhoneros, sastres, ebanistas, impresores. Los hombres que en el París de 1848 se alzaron contra la burguesía, fueron los habitantes del viejo barrio artesano de Saint-Antoine, y todavía no (como en la Comuna de 1871) los del proletario barrio de Belleville. Por otra parte, a medida que los avances de la industria destruían aquella fortaleza del sentido de «clase trabajadora», se minaba fatalmente la fuerza de los primitivos movimientos obreros. Entre 1820 y 1850, por ejemplo, el movimiento británico creó una densa red de instituciones para la educación social y política de la clase trabajadora, como los institutos de mecánicos, los *Halls of Science* owenistas y otros muchos. En 1850 —y sin contar los puramente políticos— había 700 en Inglaterra —de ellos 151 en el condado de York— con 400 aulas.<sup>33</sup> Pero ya habían empezado a declinar, y pocos años después la mayor parte habrían muerto o caído en un letargo.

Únicamente hubo una excepción. Sólo en Inglaterra los nuevos proletarios habían empezado a organizarse e incluso a crear sus propios jefes: John Doherty, el obrero algodonero owenista irlandés, y los mineros Tommy Hepburn y Martin Jude. No sólo los artesanos y los deprimidos trabajadores a domicilio formaban los batallones del cartismo; también los obreros de las factorías luchaban en ellos, y a veces los lideraban. Pero, fuera de Inglaterra, los trabajadores de las fábricas y las minas eran todavía en gran parte más bien víctimas que agentes. Y hasta finales del siglo no intervendrían decididamente en la formación de su destino.

El movimiento obrero era una organización de autodefensa, de protesta, de revolución. Pero para el trabajador pobre era más que un instrumento de combate: era también una norma de vida. La burguesía liberal no le ofrecía nada; la historia le había sacado de la vida tradicional que los conservadores prometían inútilmente mantener o restaurar. Nada tenían que esperar del género de vida al que se veían arrastrados. Pero el movimiento les exigía una forma de vivir diferente, colectiva, comunal, combativa, idealista y aislada, ya que, esencialmente, era lucha. En cambio, les proporcionaba coherencia y objetivos. El mito liberal suponía que los sindicatos estaban formados por toscos trabajadores instigados por agitadores sin conciencia; pero en realidad los trabajadores toscos eran los menos partidarios de la unión, mientras los más inteligentes y competentes la defendían con ardor.

Los más altos ejemplos de «los mundos del trabajo» en aquel período los proporcionan seguramente las viejas industrias domésticas. Comunidades como la de los sederos de Lyon, los archirrebeldes *canuts*, que se levantó en 1831 y otra vez en 1834, y que, según la frase de Michelet, «como este mun-

33. M. Tylecote, *The Mechanics' Institutes of Lancashire before 1851*, Manchester, 1957, VIII.



do no lo haría, ellos mismos hicieron otro en la húmeda oscuridad de sus callejuelas, un paraíso mortal de dulces sueños y visiones». <sup>34</sup> Y comunidades, como la de los tejedores de lino escoceses con su puritanismo republicano y jacobino, sus herejías swedenborgianas, su biblioteca de artesanos, su caja de ahorros, su instituto mecánico, su club y biblioteca científicos, su academia de dibujo, sus mítines misionales, sus ligas antialcohólicas, sus escuelas infantiles, su sociedad de floricultores, su revista literaria: el *Gasometer* de Dunfermline <sup>35</sup> y, naturalmente, su cartismo. El sentimiento de clase, la combatividad, el odio y el desprecio al opresor pertenecían a su vida tanto como los husos en que los hombres tejían. Nada debían a los ricos, excepto sus jornales. Todo lo demás que poseían era su propia creación colectiva.

Pero este silencioso proceso de autoorganización no se limitó a los trabajadores de aquel antiguo tipo. También se reflejó en la «unión», basada a menudo en la primitiva comunidad metodista local, en las minas de Northumberland y Durham. Se reflejó en la densa concentración de sociedades de socorro mutuo de los obreros en las nuevas zonas industriales, de manera especial en Lancashire. <sup>36</sup> Y, sobre todo, se reflejó en los compactos millares de hombres, mujeres y niños que llevando antorchas se esparcían sobre las marismas que rodeaban a las pequeñas ciudades industriales de Lancashire en las manifestaciones cartistas, y en la rapidez con la que los nuevos almacenes cooperativos de Rochdale se extendieron en los últimos años de la década 1840-1850.

## V

Y, sin embargo, cuando volvemos la vista sobre aquel período, advertimos una gran y evidente discrepancia entre la fuerza del trabajador pobre temido por los ricos —el «espectro del comunismo» que les obsesionaba— y su real fuerza organizada, por no hablar de la del nuevo proletariado industrial. La expresión pública de su protesta era, en sentido literal, más bien un «movimiento» que una organización. Lo que unía incluso a la más masiva y abarcadora de sus manifestaciones políticas —el cartismo (1838-1848)— era poco más que un puñado de consignas tradicionales y radicales, unos cuantos briosos oradores y periodistas que se convirtieron en voceros de los pobres, como Feargus O'Connor (1794-1855), y unos cuantos periódicos como el *Northern Star*. Era el destino común de combatir a los ricos y a los grandes lo que los viejos militantes recordaban:

34. Citado en *Revue Historique*, CCXXI (1959), p. 138.

35. Cf. T. L. Peacock, *Nightmare Abbey*, 1818: «Usted es un filósofo —dijo la señora— y un amante de la libertad. Usted es el autor de un tratado titulado *Gas filosófico o proyecto para la iluminación general de la inteligencia humana*».

36. En 1821 Lancashire tenía la mayor proporción de miembros de sociedades de socorro mutuo de todo el país (el 17 por 100); en 1845, casi la mitad de dichas sociedades estaban en Lancashire y Yorkshire (P. Gosden, *The Friendly Societies in England 1815-1875*, 1961, pp. 23 y 31).

Teníamos un perro llamado *Rodney*. A mi abuela no le gustaba ese nombre, porque tenía la curiosa idea de que el almirante Rodney, que fue nombrado par, había sido hostil al pueblo. También la anciana procuraba explicarme que Cobbett y Cobden eran dos personas diferentes, que Cobbett era un héroe y Cobden sólo un abogado de la clase media. Uno de los cuadros que más recuerdo —estaba al lado de algunos dibujos estarcidos y no lejos de una estatuilla de porcelana de Jorge Washington— era un retrato de John Frost. <sup>37</sup> Un renglón en lo alto del grabado indicaba que pertenecía a una serie llamada «Galería de retratos de amigos del pueblo». Sobre la cabeza había una guirnalda de laurel, mientras abajo se representaba a Mr. Frost llamando a la Justicia en ayuda de algunos desdichados y tristes desterrados ... El más asiduo de nuestros visitantes era un zapatero lisiado ... quien hacía su aparición todos los domingos por la mañana, puntual como un reloj, con un ejemplar del *Northern Star* húmedo todavía de la imprenta, con la intención de oír a algún miembro de nuestra familia leer para él y para los demás la «carta de Feargus». Primero había que poner el periódico a secar cerca del fuego, y luego se cortaban con gran cuidado sus hojas para no estropear un solo renglón de aquella producción casi sagrada. Una vez hecho esto, Larry, fumando plácidamente una pipa, que de vez en cuando acercaba a la lumbre, se instalaba para escuchar, con el recogimiento de un devoto en el tabernáculo, el mensaje del gran Feargus. <sup>38</sup>

Había poca dirección y coordinación. El intento más ambicioso de convertir un movimiento en una organización —la «unión general» de 1834-1835— fracasó lamentable y rápidamente. Todo lo más —en Inglaterra como en el continente— había la espontánea solidaridad de la comunidad laboral local, los hombres que, como los sederos de Lyon, morían tan sufridos como vivían. Lo que mantenía firme el movimiento eran el hambre, la desgracia, el odio y la esperanza. Y lo que lo derrotó, tanto en la Inglaterra cartista como en el continente revolucionario de 1848, fue que los pobres —lo bastante numerosos, hambrientos y desesperados para sublevarse— carecían de la organización y la madurez capaz de hacer de su rebelión algo más que un momentáneo peligro para el orden social. En 1848 el movimiento del trabajador pobre tenía todavía que desarrollar su equivalente al jacobinismo de la clase media revolucionaria de 1789-1794.

37. Líder de una fracasada insurrección cartista en Newport, en 1839.

38. W. E. Adams, *Memoirs of a Social Atom*, I, Londres, 1903, pp. 163-165.